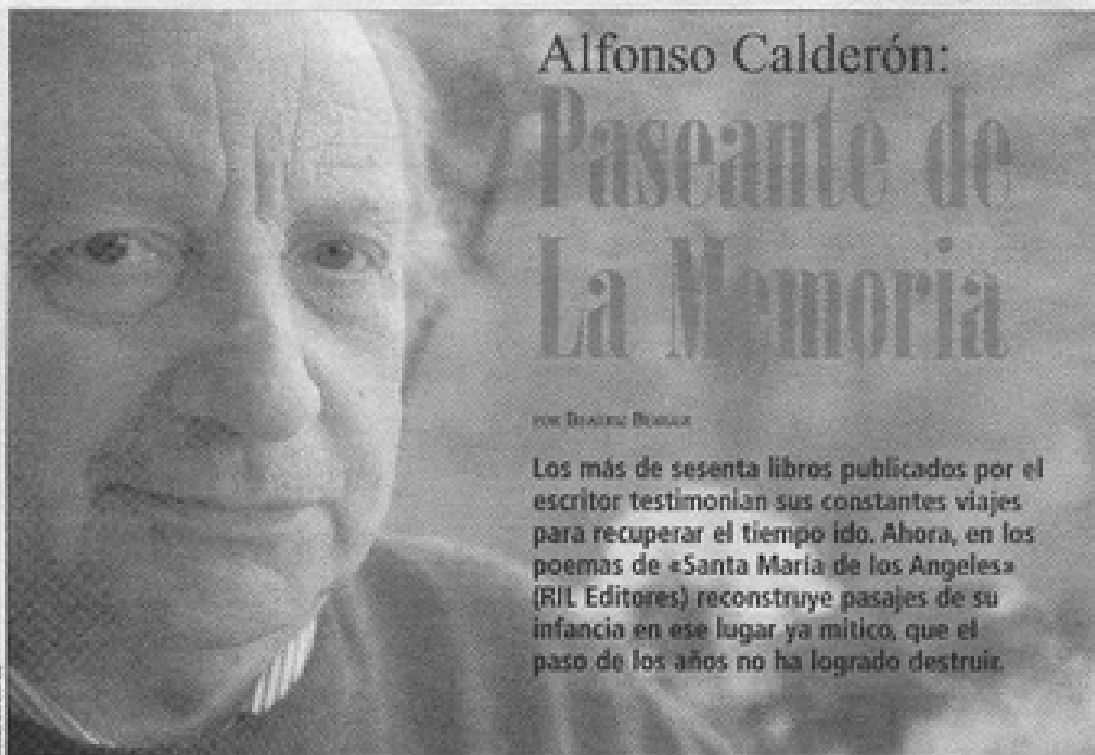






Alfonso Calderón: Paseante de La Memoria

por SOLANUS LÓPEZ

Los más de sesenta libros publicados por el escritor testimonian sus constantes viajes para recuperar el tiempo ido. Ahora, en los poemas de «Santa María de los Angeles» (RIL Editores) reconstruye pasajes de su infancia en ese lugar ya mítico, que el paso de los años no ha logrado destruir.

UN ritmo cubano de los años treinta invade el hogar de Alfonso Calderón, hombre memorioso que acumula recuerdos casi desde siempre: ordenados cronológicamente, registra las películas que vio entre los años 40 —cuando tenía sólo 10 años— y 49, ya sea en los cines de Trépano, Valparaíso o Santiago. Curiosamente, esas películas también están calificadas (con notas). Pero no es esa la única faceta infantil que guarda el escritor, nos muestra también los poemas que copiaba y que, después, le afianzaron el hilo "de buena memoria".

Así, valiéndose de diferentes mecanismos, su trabajo ha estado dirigido a constatar no sólo el propio pasado, sino también el de otros autores.

—Mi admiración eterna por la literatura no es sólo por la obra literaria, sino por su autor. Por eso empecé muy temprano a tratar de conocer a los escritores chilenos: D'Haleuz, Prado, Darvas... En el liceo, ya me gustaba la idea de hacer libros como las antologías de Scarpa. Cuando supe que las crónicas de Eduardo Bello, a quien admiraba tanto, estaban perdidas, pensé registrar esa experiencia. Después reculé los numerosos artículos de literatura francesa escritos por Alonso y me hice muy amigo de él.

Pasión literaria

Alfonso Calderón comienza desde niño a prepararse para esta tarea: aprendió las letras contrayéndolas con pulso de Roufres —y, a los tres años, ya leía las tiras cómicas del diario. Desfrutaba, además, del olor a tinta impreso y del suave papel de revistas como «Margaritas», «Zig Zag» o «Para Tío». Su interés por leer llegaba al punto de hacerlo lamentar la desaparición de algunos héroes: «Murio mucho el capitán Nemo», escribe en Santa María de los Angeles.

Sí, sí, la lectura era una jornada de mi vida; yo salía al abordaje de los barcos de Salgari, escuchaba el ruido de las espadas y veía el control de los mosqueteros. Mi padre no era lector, pero tenía una novela policíaca de Sherlock Holmes; en mi casa estaba El Quijote, ilustrado por Doré, una edición de Caillet con grabados en madera; el Robinson Crusoe, y había un Antiguo Testamento. Eso fueron los primeros

libros que leí. Al cumplir cuatro años pedí que me regalaran Tartaria de Tarsus que había visto en la vitrina de una librería.

Pronto es mi autor favorito. Escribo mi diario porque aprendí a leer los de otros, tengo una gran colección: el de los Goncourt, las Memorias de ultratumba de Chateaubriand...

Recuerdos de infancia

Su hogar memorialístico también se incrementó con el cine, la radio y las respuestas que le daban sus mayores porque, sin duda, era un niño inquietísimo.

La máquina de hacer preguntas ha sido fundamental en mi vida, porque empecé desde muy temprano y me interesaron los viejos. Mi abuela me describía el terremoto de 1906, me enseñaba fotos y yo me iba armando un gran telón de fondo histórico. Cuando se cayó el avión de Gándel, por ejemplo, y mis tías Dorcas en Valparaíso, las interrogaba sobre el accidente. Iba a ahogar con una lista de preguntas.

A los cinco años recuerdo haber compuesto un himno a Jorge V de Inglaterra, filántropo como él. Más adelante, a los nueve, hice un poema al Papa Pío XII y a los diez, escribí un cuento:

—Yo no sabía lo que era documentarse y la verdad es que inventé una vida de Emilio Zola. Luego, vino la historia de un buendocónoma de una orquesta argentina. Debe haber sido muy mala. Pero la literatura me interesó más que nada en el punto de humanidad. Ahí empecé a leer a Gloria León y a recitar poemas populares. A los quince, creía que era el poeta del pueblo.

—A través de diarios y versos pareciera que sus recuerdos nunca se acababan. ¿De qué momentos se vale para atraparlos?

—Tengo fichas de los libros y los converso rayados, desde los volúmenes de mi primera biblioteca, del año 43. Me basta con expandir una ficha para recuperar exactamente el estado de ánimo del momento en que lo leí. Además, guardo una serie de fotografías de infancia que me regaló mi madre. Entonces me miro en el collage, observo mis compañeros y algo está en faldeo, rotando, incluso he seguido la pista de algunos. A veces, también me salgo de la fotografía y empiezo a caminar con la imaginación hacia mis casas.

—Al punto que en «Santa María de los Angeles» habla de "ciudad de las casas".

—Nada alguna vez lo dijo así y me apropié del término. Como mi padre era empleado público, debíamos cambiarnos constantemente de ciudad —un año estábamos en Lauro de Oro en Lota— y mudarnos de casa. A veces he podido permitirme para entrar a algunas de ellas. En la de Valparaíso, donde murió mi hermana, subí las escaleras al segundo piso, miré el lugar donde la veíamos, la veíamos por la que me acostaba a ver los cuatro bombas, el espacio del sillón de mi abuela o el banco de Lonia de mi tío comunista.

—Escribe en «Santa María de los Angeles»: "Tuve mi propio Chama/ de Occidente y logré levantar un monumento/ a la memoria". ¿Puede que la creación literaria reside en la memoria?

—No me había enterado de que la memoria era creación. Cuando podía un amor, al recordarlo, lo colmaba sólo de bondades, olvidando un pequeño momento. Ahora, esa primera memoria ha sido modificada. En uno de los poemas de Santa María de Los Angeles recuerdo a la poeta que murió, Anita, y creo que no era como la describo, pero yo la necesitaba así, por lo tanto, tenía que inventarla.

La poesía: su verdadero amor

—Decididamente hay floridez.

—Claro. Por eso digo que los diarios, que registran la memoria,andan con un país ficticio, que es utopía. Y yo, a través de esas evocaciones, reconstruyo lugares, voy poniendo los ladrillos de una ciudad habitada: la ciudad de la memoria. Tiene una primera etapa de mi vida en que mis recuerdos estaban compactos de las alegrías y placeres de una adolescencia feliz. Pero después, acompaño con la conciencia de que todo se acaba y empecé a recordar cosas que no me daban felicidad. Inflé en la memoria una grieta para que entrara el agua.

—¿Y cómo se las arregla para infiltrar los recuerdos perdidos?

—Tengo instalada en mi cabeza muchas hechas, movimientos, lugares, colores, olores, situaciones. Pero cuando dedico, llamo a algunos amigos y les hago preguntas. A poco me vuelven dando una impresión y además agregan algún dato que yo había olvidado. Para escribir

Paseante de la memoria [artículo] Beatriz Berger

Libros y documentos

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Paseante de la memoria [artículo] Beatriz Berger. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile